

**Review / Reseña**

Vanden Bergue, Kristine. *Narcos y sicarios en la ciudad letrada*. Valencia, España: Albatros (Serie Palabras de América), 2019.

**Diana Torres**

University of North Carolina—Chapel Hill

En este libro, Kristine Vanden Bergue, analiza un extenso corpus de novelas relacionadas con el narcotráfico y el sicariato, con la doble intención de matizar los juicios sobre un género considerado por muchos de dudoso valor estético, y de señalar cómo éste representa a las sociedades en las que se inscribe y a los protagonistas del negocio ilícito de las drogas. En su estudio detallado, la autora ha seleccionado doce novelas con personajes narcotraficantes o sicarios de nacionalidad colombiana. A lo largo de seis capítulos, y acudiendo a múltiples teorías críticas y filosóficas, la autora deconstruye este heterogéneo fenómeno literario, desentrañando su complejidad. Dos constantes se hacen evidentes a sus análisis: la multiformidad de la violencia como protagonista y el sorprendente involucramiento en el negocio ilícito del intelectual o “letrado” lado a lado y en complicidad con el delincuente marginal.

En su primer capítulo, “El narcotráfico como juego y los estereotipos nacionales”, Vanden Berghe efectúa un análisis de las narconovelas escritas en México que cuentan con personajes colombianos, enfocándose en las representaciones de narcotraficantes por nacionalidad. Puesto que los personajes literarios se presentan a sí mismos como participantes de un escenario lúdico, es pertinente su examen a través de la teoría de los juegos de Huizinga. Los mexicanos, jugadores locales, juegan bajo reglas

tradicionales mafiosas con las que se comprometen. Los colombianos, jugadores foráneos y asimilables a “gringos malos”, irrumpen en el juego local transgrediendo, de manera irreverente y bárbara, la lúdica tradicional a la que no se someten. La violencia demencial y el deterioro social consecuentes son atribuidos, en las novelas, a la figura del recién llegado “locombiano” en un intento nacionalista por negarse a aceptar una realidad violenta que aflige y concierne a la sociedad mexicana.

El segundo capítulo, “Narradores no fiables y textos posibles”, aborda, valiéndose de la teoría de los mundos posibles, dos puntos de particular interés. De un lado, la sospecha sobre la narrativa en primera persona de la narconovela y la relación de confiabilidad que tiende a generar con el lector y, de otro, la convivencia del intelectual—el “letrado”—con el mundo de la ilegalidad y de la violencia. Dado que en la mayor parte de los casos, narrador y letrado coinciden en un mismo personaje, Vanden Bergue hace un análisis agudo al sospechar de un relato que, para asegurar la supervivencia del narrador, puede estar ocultando la intención de mantener el *status quo* que le conviene. En contra de los críticos, que ven en el género parcialidad y pobreza estilística, este planteamiento le atribuye una estructura multidimensional, y explicita un nivel simbólico de violencia ejercida desde y por el relato mismo en persona del narrador-letrado, que impone su voz por sobre las otras voces implicadas, incluyendo a la del narco mismo.

A diferencia de estas obras, el polémico escritor Álvarez Gardezabal da voz a un narcotraficante que Vanden Bergue identifica, en el tercer capítulo, “Nietzsche en Colombia”, con el superhombre nietzscheano. Renegando de la moral cristiana del débil, el narco valora el poder que le otorga el dinero, así que lo ostenta y lo comparte generosamente. Expresa una sexualidad exuberante y promiscua en una actitud vitalista y una robusta voluntad de poder, expresada en la ambición de lograr lo que se propone. Temido y rechazado por las élites—representadas por Bogotá—del narco se acepta el dinero ilegal porque contribuye a preservar la posición de la oligarquía y, sin embargo, no se le permite acceso al exclusivo círculo social que ejerce el poder político del país, de manera que su presencia continúa siendo marginal.

Con perspicacia, en una especie de interludio, Vanden Bergue ve en la figura de Bernardo San Román, conocido personaje de García Márquez, a un precursor de dicho narcotraficante. San Román actúa bajo similares lineamientos morales: posee una enorme cantidad de dinero de origen desconocido que ostenta y comparte generosamente. Cuenta con una fuerte presencia disruptiva que se acompaña, no sólo de alegría, sino también de violencia y de muerte: la maquinación intelectual del

asesinato de Santiago Nasar. Además, Vanden Bergue percibe entre *Crónica de una muerte anunciada* y las narconovelas otros elementos narrativos en común: la circularidad de la estructura que comienza anunciando una muerte que al final se produce; un conjunto de voces que revela las múltiples capas de un problema social complejo; la responsabilidad compartida de una sociedad que es partícipe de la violencia y que borra los límites entre victimario y víctima.

En el cuarto capítulo, “Retratos íntimos de la nación”, la autora analiza la representación de la sociedad colombiana en la narconovela a partir de la teoría de Rancière sobre el “reparto sensible”. Obras como *Cartas cruzadas* y *Delirio* hablan de una sociedad compartimentada con una estructura claramente establecida, en la cual los lugares de pertenencia y los límites se definen claramente y en la que las diferencias de clase, más allá de la posesión de dinero, se establecen desde la estética y los gustos culturales. En este marco, las novelas de esta sección revelan cómo, si bien el narcotráfico altera algunos aspectos de la sociedad colombiana, no logra modificar la rigidez de la estructura de clases y sí recalca, en cambio, la estructura patriarcal y heterosexual, invisibilizando a mujeres y homosexuales para quienes no hay espacio en el reparto de lo sensible.

En el último capítulo, “Contra la sicaresca. *El olvido que seremos*”, la autora fija su mirada en Héctor Abad Faciolince por haber definido el género “sicaresco”, como un cómplice de la normalización de la endémica y laberíntica violencia colombiana. Abad Faciolince en su defensa de la gramática y la limpieza de la lengua haría un llamado a un país en deterioro, no por efecto del narcotráfico y el sicariato—fenómenos que presenta como síntomas—, sino por culpa de las élites que, en su afán por mantener el *status quo*, acuden a toda forma de violencia. En este sentido, *El olvido que seremos* es, bajo la perspectiva de Vanden Bergue, la novela más política del corpus. De esta manera, *Narcos y sicarios en la ciudad letrada*, no sólo presenta una amplia panorámica de la narconovela, de sus entramados y la manera como dibuja a la sociedad colombiana, sino que también ofrece un interesante material pedagógico pues, capítulo a capítulo, su análisis se sostiene sobre la base de teorías reconocidas que explicita para hilar, desde ellas, su planteamiento crítico.